

Voluntariado; año 2050

Natxo Arnáiz

Director de **bolunta**

En esta época de globalización, de ritmo vertiginoso, con continuos y profundos cambios se hace difícil intuir el devenir de nuestra sociedad. Parece claro que vamos a un mundo cada vez más pequeño, más interdependiente y, a su vez, más complejo.

Resulta realmente osado intentar hacer una predicción de cómo será el voluntariado dentro de 50 años. Más aún cuando hablamos de un fenómeno amplio, heterogéneo, espontáneo y estrechamente supeditado al contexto sociocultural de cada momento, con sus variables políticas, tecnológicas, económicas, laborales, culturales... y con los cambios que, como individuos, estamos experimentando y que condicionan desde el empleo de nuestro tiempo libre hasta la proyección de nuestra experiencia vital.

Aunque ha sido espectacular el salto que ha dado el voluntariado en esta última media centuria, se hace casi imposible prever el futuro a medio plazo. Pero, aún a riesgo de confundir realidad con deseo, es indudable que dentro de 50 años -y 100, 200, 300...- el voluntariado seguirá existiendo como reflejo de una actitud, de una respuesta colectiva ante las necesidades y los desajustes sociales. Seguirá testimoniando los valores que inspiran la acción comprometida, solidaria, libre, gratuita y transformadora, una acción civil espontánea pero organizada que se rebela contra la desigualdad y el conformismo, y se alía con la justicia en la esperanza de que un mundo mejor es posible.

Puestos a imaginar el año 2050, y con la vista en las tendencias actuales, nos atrevemos a vislumbrar porcentajes de participación ciudadana estables, aunque probablemente disminuya la implicación directa en tareas solidarias, mientras que aumenten las manifestaciones asociativas de carácter sociocultural y sociopolítico.

Quizás el sector se reestructure con una disminución del número de entidades, aunque seguirá habiendo una enorme volatilidad con permanentes apariciones y desapariciones de colectivos ciudadanos implicados en mil y una causas. Dentro de las grandes entidades sociales, el voluntariado sólo sobrevivirá en aquellas que hayan conseguido reafirmar su origen y su vocación social, sin abandonar lo ideológico pero trabajando de manera planificada, reinventando sus formas de organización interna y dando cabida a nuevas formas de participación que recojan la diversidad de motivaciones y dedicaciones de la ciudadanía del siglo XXI. Solo así conseguirán mantener la adhesión y participación activa y valiosa de un número importante de personas.

Seguirá existiendo un tejido social amplio que, probablemente, continúe sin alcanzar la coordinación necesaria, pero, a buen seguro, seguirá actuando en un frente común como contrapeso a las limitaciones del sector público y la voracidad del sector lucrativo, paliando procesos de exclusión y reafirmando que lo importante son las personas.

Quizás tras cinco décadas hayamos conseguido visualizar la trascendencia del voluntariado como motor de cambio global y de crecimiento personal; o quizás no, pero, en cualquier caso, en 2050 el voluntariado seguirá siendo uno de los pilares de la democracia y de la lucha por el progreso solidario. Porque no olvidemos que la participación y la justicia social no son solamente un fin en si mismos, sino también el principal medio para posibilitar un verdadero y pleno desarrollo social.

Artículo publicado en la revista Baietz de FEVAS, marzo de 2008